

género

Y SOCIEDAD

CENTRO DE ESTUDIO DEL GENERO
VOLUMEN 3 • NUMERO 1 • MAYO-AGOSTO 1995

ALGUNAS REFLEXIONES SOBRE EL ESTADO ACTUAL DEL FEMINISMO EN ESPAÑA

Empar Pineda*

Recuento crítico de la trayectoria del feminismo en el Estado español desde sus inicios en 1975 hasta la fecha.

Critical account of spanish feminism from its beginning in 1975 to the present.

En mi país, el movimiento feminista cumplirá veinte años el próximo mes de diciembre.¹ ¡Cuán lejanas, y cuán próximas al mismo tiempo, quedan aquellas "Jornadas de la Liberación de la Mujer" celebradas aquel invierno de 1975! Pocos días después de la muerte del dictador Franco, todavía en la clandestinidad y alentadas por el Año Internacional declarado por las Naciones Unidas, varios cientos de mujeres se reunieron en Madrid marcando el inicio del feminismo organizado contemporáneo.

* Filóloga feminista vasca. Autora de numerosos artículos y de *Polémicas feministas* (1985) junto a Paloma Uría y Montserrat Oliván.

¹N. de la E. Este artículo fue escrito a principio de 1995.

Desde entonces, obviamente, han ocurrido muchas cosas, en todos los órdenes. La realidad ha variado en muchos aspectos de la vida social y en cada una de nuestras individualidades. Con la irrupción del feminismo en nuestra sociedad y en nuestras vidas de mujeres podemos decir que “ya nada es como antes”, por más que quede aún tanto por hacer.

Veinte años es un espacio de tiempo demasiado corto, quizás, para una afirmación tan contundente como la que acabo de hacer. Pero no me cabe la menor duda de que muchos de los cambios tangibles hoy día serían inexplicables sin la labor de esa cantidad de organizaciones que conforman el movimiento feminista de mi país. Cambios en el mundo de las ideas, de las costumbres, de las teorías sociales emancipatorias, de las conciencias de mujeres y hombres, en el terreno de lo simbólico, de lo imaginario, de las leyes, de las vivencias de la sexualidad... Aquel diciembre de 1975 “No éramos del todo conscientes todavía, pero una larga, compleja y profunda revolución se ponía en marcha” —como gusta decir una amiga mía.

La referencia a la época en la que surge nuestro movimiento feminista no es ociosa, ni responde, por mi parte, a un prurito historicista. Creo, más bien, que es imprescindible tener en cuenta su punto de partida porque sin ello difícilmente se podrían entender muchas de sus claves, las de entonces, las de estos veinte años de existencia y, también, en bastante medida, las de ahora mismo.

Volviendo la vista atrás

En el Estado español existía una escasa y débil tradición de organización de mujeres. Su particular historia impidió que, en el siglo XIX y principios del XX, cuando en otros países se desarrolló el movimiento sufragista, sucediera aquí lo mismo. Antes de la aparición del movimiento feminista, a mediados de la década de los 70, sólo habían existido durante un muy breve período de la Guerra Civil (1936-1939) organizaciones de mujeres relacionadas con la Confederación Nacional de Trabajadores (sindicato anarquista) o del Partido Comunista de España. La larga noche de la dictadura franquista borra esta breve página de la historia de las mujeres, y es en la década de los 60 cuando comienzan a surgir algunos núcleos de mujeres agrupados básicamente alrededor de la solidaridad con los presos antifranquistas y de la protesta contra la carestía de la vida y la falta de servicios sociales, y, junto a ellos, algunos pequeños núcleos de mujeres más directamente preocupadas por la discriminación y la desigualdad que sufren. No sólo la historia más lejana, sino también la más cercana del régimen franquista (con el violento confinamiento de las mujeres a lo que corresponde a la más rancia esencia "femenina") lleva a convertirlas en seres en bastante medida desprovistos de autonomía y dignidad, en seres subordinados a los hombres y a las que se intentó arrebatar toda posibilidad de autoestima.

De esta dura realidad hay que rescatar a un amplio conjunto de mujeres que nutrieron las filas de los partidos y de la lucha antifascista. Estas mujeres, a pesar de que en esos momentos no habían comprendido la gravedad, ni la importancia política de su condición de "segundo sexo", desarrollaron una actividad que las llevó a fomentar virtudes como el coraje, la decisión,

etc. y también a la apreciación de ser personas con capacidad de luchar contra todo aquello que las arrinconaba en las cuatro paredes de sus casas. Son también los momentos en los que, por el desarrollo económico que se está viviendo, las mujeres empiezan a asistir de forma bastante numerosa a las universidades e irrumpen en el mundo del trabajo asalariado, con lo que ello significa de autonomía económica frente a los hombres.

Primeros años del movimiento feminista

El movimiento feminista —ya lo señalé más arriba— como tal movimiento organizado, nace en los años 1975-76, años que fueron el cénit y también el declive de las importantes movilizaciones populares que había protagonizado el movimiento antifascista, con mayor o menor decisión, en los diversos pueblos que conforman el Estado español. Ello significó, en concreto, que las mujeres que nutrieron las filas del movimiento feminista proviniéramos de la lucha anti-franquista, de organizaciones de izquierda y, especialmente, de la izquierda radical. También significa, sin embargo, que el ascenso y posterior desarrollo del mismo movimiento no tiene como escenario un auge de las luchas populares, sino, en gran medida, un desánimo, un “desencanto” de todos aquellos sectores más radicales —de los que forman parte, sin lugar a dudas, las mujeres que van a ser el germen del movimiento feminista— que se ven profundamente desilusionadas ante lo que fue el desenlace de aquellas importantes movilizaciones. Me refiero a cómo se dio la transición política del franquismo al régimen parlamentario y a las enormes limitaciones del actual régimen.

El movimiento feminista empieza, pues, a actuar con fuerza en un momento en el que el entramado social que era la base de la lucha popular está en claro declive; en un momento en el que es difícil la articulación de los diversos movimientos de protesta, y en el que existe escasamente esa base articulada, compuesta por los sectores más activos de la sociedad, sobre los que actuar, y, muy en especial, sobre las mujeres que habían sido base también de todas estas organizaciones.

Esta desmoralización contrasta, en los primeros años, con el enorme entusiasmo que se despierta al descubrir a las otras mujeres, al tiempo que entre todas se van descubriendo las raíces profundas de la opresión femenina. En los grupos del movimiento, las mujeres se descubren y descubren a las demás mujeres como seres valiosos, como seres merecedores de estima, momento éste que resulta imprescindible para la rebelión de todos los grupos, colectivos o clases oprimidas que, precisamente por serlo, han sido despreciados, calando ese desprecio ajeno hasta el autodesprecio.

En mi país, el movimiento feminista se ideologiza fuertemente desde sus primeros momentos. A ello contribuyen diversos factores: la propia juventud del movimiento, nada comprometido con lo que no sea la defensa de la liberación de las mujeres; el peso que en su interior tienen las mujeres de la izquierda radical; el entusiasmo que en todas las feministas despierta el descubrimiento de lo que significan sus vidas de mujeres en esta sociedad fuertemente patriarcal, entusiasmo que les lleva a atreverse a "pedir el cielo", a no quedarse en meras cuestiones reivindicativas inmediatas.

Esta fuerte "ideologización", es decir, el peso grande que en el movimiento y en su actividad pública tiene todo el

conjunto de nuevas ideas feministas que exigen una transformación radical de la sociedad para hacer posible la liberación de las mujeres, esta ideologización resulta una buena vacuna frente a los diversos intentos "posibilistas". Resulta, al mismo tiempo, imprescindible para un movimiento de mujeres que necesita reafirmarse frente a esta sociedad patriarcal que mantiene tozudamente a las mujeres en un papel subordinado; imprescindible, también, para sacar fuerzas y entusiasmo para perseverar en la militancia feminista.

En un ambiente social general en el que la chispa de la conciencia crítica, de la rebelión brilla con muy poca intensidad; en el que se va dando un descenso progresivo de las luchas populares —salvo en el País Vasco y, en contados momentos, en el resto del Estado— el descubrimiento que para el movimiento feminista significó el universo femenino, la autoafirmación de las mujeres, la autoestima, ha ido acompañada, a veces y más en los primeros años, de fuertes deseos de reclusión en lo que el movimiento tiene de mundo de mujeres. Un mundo en el que el peso social del machismo hostil y provocador puede llegar a ignorarse.

Todo ello encerraba, también, el peligro de olvidarse de la experiencia política y social acumuladas y de encerrarse en una línea purista en la que la lucha cotidiana y concreta debía situarse en un camino recto no contradictorio con todos y cada uno de los objetivos finales emancipatorios.

Línea unilateral que se concretaba, también, en bastantes ocasiones, en la misma manera de analizar la opresión de las mujeres, análisis unilaterales que llevaban a no tener en consideración cuestiones derivadas de las diferentes formas de inserción social de las mujeres (según la edad, las pre-

ferencias sexuales, las ideas políticas, las creencias religiosas de muchas mujeres, las clases sociales, sus orígenes nacionales, el color de su piel, etc.) y a no comprender y no situar acertadamente la interrelación entre la subordinación de las mujeres y el orden social imperante.

Han pasado ya veinte años desde aquellos primeros y fecundos años. Desde entonces, el movimiento feminista ha conocido muy diversas situaciones y momentos, tanto en la realidad social en la que ha estado inmerso, como también en su propio seno: desde un primer momento de euforia y entusiasmo en el que el gran y vital descubrimiento de lo que significaba la opresión de las mujeres se tradujo en una enorme actividad creadora, (favorecido por la situación política y social que entonces vivía la sociedad española), pasando por otros momentos en los que pesaban de modo muy determinante sensaciones de crisis y desorientación, hasta llegar a otros momentos de recuperación de la estabilidad y el equilibrio.

La década de los 90

En el mes de diciembre de 1993, la Coordinadora de Organizaciones Feministas del Estado español —que funciona desde 1977, agrupando en su seno a lo más activo del movimiento— organiza las Jornadas “Juntas y a por todas”. Cerca de cuatro mil mujeres, llegadas de todos los confines del país, se dan cita en Madrid durante tres intensos días para renovar su entusiasmo feminista, para debatir sobre lo divino y lo humano, para poner en común las experiencias parciales de cada grupo y de todas las mujeres y para demostrar, también, que el feminismo está vivo y es capaz de congregarse voluntades en una época en la que el afán colectivo no está de moda.

Las Jornadas, a las que acudieron mujeres de todas las corrientes feministas —además de las que nos agrupamos en la Coordinadora— fueron una especie de espejo que reflejó, entre otras cosas, cómo se encuentra el movimiento feminista, en qué anda metido, a qué se dedican sus grupos, cuáles son los problemas teóricos que preocupan —a unas más que a otras, obviamente—, etc.

Pluralidad de feminismos

En lo que podríamos llamar el *feminismo explícito*, es decir, las concepciones de las mujeres que se consideran a sí mismas feministas, una de las primeras constataciones que salta a la vista es la profundización que se ha dado en la *pluralidad de feminismos*. Ya a lo largo de la década de los 80 fueron surgiendo diversas corrientes feministas, de manera que la Coordinadora fue dejando de ser —como sí lo fue en los 70— casi la práctica totalidad del feminismo organizado.

En la actualidad, si nos paramos a pensar en lo que es directa y explícitamente feminista, nos encontramos con una gran variedad de ideas, concepciones, formas de ver la realidad y la acción, y, además, con una pluralidad cambiante. Considero que es positivo que nos acostumbremos a reflexionar —y a sacar las pertinentes conclusiones— sobre el hecho de que en el feminismo hay una pluralidad de corrientes, fruto del entrecruzamiento de diversas coordenadas: exclusivismo/vocación integradora, esencialismo/constructivismo, biologismo/culturalismo, racionalismo/irracionalismo, reforma/revolución y un largo etcétera en el que coordenadas de distinta naturaleza a las anteriormente citadas juegan un papel relevante también.

Así, nos podemos encontrar con grupos feministas que desarrollan un feminismo integrador y nada exclusivista y que sin embargo mantienen posiciones muy moderadas y posibilistas en numerosas cuestiones. Otros, con una decidida y explícita voluntad radical en su forma de plantear las luchas, pero que hacen gala de un sistema de pensamiento esencialista, exclusivista, etc. O aquellos de más allá que, siendo rigurosos en materia teórica, sin embargo su práctica es de lo más posibilista. Y así podríamos añadir ejemplos y polos a nuestra *rejilla*.

Aprender a convivir sin sectarismos y sin exclusivismos no ha sido —ni sigue siendo— tarea fácil para el movimiento feminista de mi país.

Acostumbrarse a desprenderse de falsos y estériles patri-monialismos significa, entre otros asuntos, cargarse de modestia, hacer acopio de humildad y desarrollar la capacidad de reconocer en *otras* aspectos valiosos, interesantes y fructíferos para *todas*. En esto, como en casi todo de poco sirven las recetas. Pero, me atrevería a señalar dos grandes peligros que acechan permanentemente y ante los que hay que estar alerta para convivir con esta pluralidad de feminismos: Ni la "hermandad sin fisuras entre las féminas" (o el canto a "todo lo que viene de las mujeres está bien") ni el sectarismo. Ni la *sororité* (que llevó a descalificaciones en la Campaña por el derecho al aborto, por gritar contra Teresa de Calcuta, o lleva ahora si la emprendes contra alguna ministra del gobierno socialista) ni el "todas las que no están conmigo están contra mí". Así, la tendencia a la desautorización, por la vía de la excomunión o retirada de la etiqueta feminista a las gentes que no son de la misma onda.

Feminismo latente

Hasta aquí me he referido a la pluralidad de feminismos, dentro de lo que he dado en llamar *feminismo explícito*. Mención aparte merecerían esas otras formas, indirectas e incluso inconscientes, de feminismo: lo virtualmente feminista, el feminismo latente, algo sobre lo que el movimiento feminista de mi país ha ido aprendiendo en los últimos años y que tuvo también su expresión en las Jornadas de diciembre de 1993.

Creo que estaremos fácilmente de acuerdo en que una de las tareas del movimiento feminista es la de aprender a identificar la rebeldía de las mujeres bajo las múltiples formas en las que se da, no quedándonos en las apariencias.

En el Estado español, a veces —sobre todo en los primeros tiempos— el movimiento feminista se ha tirado piedras contra su propio tejado, menospreciando todo aquello que no era puro. Así ha ocurrido, por ejemplo, ante ejemplares luchas protagonizadas exclusivamente por mujeres que se movilizaban para defender el puesto de trabajo de sus maridos, hijos o compañeros. A estas mujeres se les exigía una supuesta coherencia que debería haberles llevado, más bien, a luchar por puestos de trabajo asalariado para ellas y no para ellos. Esta forma de proceder desconoce que las personas, en general, nos movemos con cantidad de aspectos contradictorios, con un conocimiento limitado —y muy variable de unas personas a otras— y que vamos aprendiendo a través de la experiencia, tanteando y peleando, incluso, con nosotras mismas. Creo que la referencia al ejemplo de las Madres de Plaza de Mayo me ahorra ser más prolija en la explicación de este asunto.

Muy relacionado con lo anterior está el problema de *las formas y las apariencias*. Creo que bajo formas tradicionales puede haber contenidos nuevos. Así, en la Revolución Francesa, numerosas expresiones tradicionales de mujeres (las procesiones, las delegaciones de determinados gremios que se entrevistan con las autoridades...) estaban al servicio de contenidos nuevos en los que la idea de "soberanía popular" estaba presente.

Tendencias normativas, modelos, estereotipos

Lo dicho hasta ahora nos conecta con otro problema: las tendencias normativas en el movimiento feminista (y me temo que en todos los movimientos sociales del mundo), las tendencias a trazar, consciente o inconscientemente, pautas de comportamiento, modelos en diversos terrenos. Cuando los modelos se plantean a debate, la cosa es más sencilla, pero, en muchos casos, las normas existen en estado difuso y son difíciles de asir. En cualquier caso, creo que son una fuente de sectarismo y puede entrañar, también, una falta de sensibilidad para captar lo feminista (o, si se prefiere, lo virtualmente feminista) debajo de unas formas que aparecen como más tradicionales o simplemente menos conformes con los supuestos modelos. Por ejemplo: tener marido, hijos e hijas, obligaciones familiares...

A veces puede haber teorizaciones, a mi modo de ver, profundamente dañinas, como la que plantea el lesbianismo como opción política (a ser asumida por toda feminista que se precie de tal), o lo que define *la* sexualidad femenina como suave, dulce y difusa... Pero lo más difícil de afrontar son las ideas difusas, los "climas" que implícita o explícitamente

se emparentan con el purismo, la tendencia a uniformizar, con la búsqueda de coherencia absolutas, con la intrasigencia.

Es cierto que las formas no son neutras. Que las hay más coherentes con el contenido y menos coherentes. Pero ¿qué duda cabe de que las tendencias a edificar coherencias rígidas, uniformizadoras, el comportamiento de secta o ciertas formas de elitismo en este terreno han hecho que muchas mujeres de buena voluntad que se han acercado a los grupos feministas se han encontrado —como decimos por aquí— como “un pulpo en un garaje”!

Otro asunto, igualmente complicado es el de los modelos y estereotipos. Y no estoy pensando sólo en la ideología dominante sino, sobre todo, en las ideologías liberadoras, minoritarias... y la subsiguiente búsqueda de coherencia con el modelo.

Parto de algo que creo es conveniente no perder de vista: la amalgama de rebeldía y sumisión se da en los oprimidos (especialmente en las mujeres), así como la fragmentación de la conciencia. La feminista perfecta sólo existe en nuestra imaginación. Sobre cada mujer concreta pesan siglos de tradición que se infiltra de mil maneras en la subjetividad (no tenemos más que mirarnos a nosotras mismas para descubrir bastantes rasgos que nos parecen incoherentes con nuestras posiciones, que parecen más propios de nuestras madres, cuando no de nuestras abuelas y que, a pesar de los pesares, subsisten tenazmente en nosotras: celos, sentimientos frente a hijos e hijas...). Incluso en las mujeres más transgresoras de las normas de su tiempo se pueden rastrear componentes de conformismo, de aceptación de una parte de las “reglas del juego”. Cuestión de mentalidad de la época, de realismo...

y cuestión, también, de supervivencia, de instinto de conservación. Porque, teniendo en cuenta que la vida tiene una duración limitada y que vamos aprendiendo en cabeza propia, se comprende que el margen de maniobra concreto de cada mujer concreta tenga sus límites y que no se puede “rehacer la vida” a cada paso (ni la subjetividad, ni la personalidad, ni tantas cosas).

Llegadas a este punto, habrá quien se pregunte a dónde quiero ir a parar con todo ello. Dicho brevemente: a que la vida es una constante lucha entre las condiciones dadas y la subjetividad de cada cual, entre la ruptura y el compromiso. La lucha colectiva puede ayudar a reforzar los elementos inconformistas, pero incluso los elementos más luchadores practican la componenda. Y, aunque es lógico que en la labor de reconstrucción de nuestra historia tengamos la tendencia a buscar personajes lo más inmaculados posible, a crear mitos que sirven de puntos de referencia, creo que es importante tener en cuenta que en la vida real esos personajes no existen; que las cosas están mezcladas, que las personas estamos llenas de aspectos contradictorios, por lo que conviene ejercitarse en buscar el oro, no en estado puro, sino acompañado de todo tipo de elementos “impuros”.

El feminismo como mediación

Por último, otro aspecto a tener en cuenta es que el feminismo es una mediación, una manera de ver e interpretar la realidad desde un ángulo y unos presupuestos determinados. En sociedades complejas como las nuestras, la gente se sirve de mediaciones para expresar sus intereses. Estas mediaciones (sean partidos, sindicatos, asociaciones o movimientos de

diverso tipo) no son pasivas, no se limitan a reflejar, sin más, los intereses de quienes se asocian en ellas y a quienes se dice representar. Por el contrario, las mediaciones cumplen un papel activo en la elaboración, fijación o concreción de intereses (labor de selección de necesidades, de elaboración de teorías y programas, de creación de proyectos, de formulación de "ideas fuerza"...). Además, quienes median, quienes intervienen en esas mediaciones, suelen tener intereses propios.

El movimiento feminista del Estado español no ha sido ajeno a la tendencia a proyectar sobre las mujeres de carne y hueso las aspiraciones o los objetivos utópicos de las militantes feministas, haciéndolos pasar por las verdaderas aspiraciones del género femenino. Así, por ejemplo, hasta hace unos años, en el movimiento, en mi país, la posición mayoritaria hacia la prostitución se podía sintetizar así: la prostitución es la expresión paradigmática de la opresión patriarcal; ninguna mujer puede ejercerla sin verse obligada, forzada, coaccionada a hacerlo; todas las prostitutas quieren dejar de serlo. La frase "No a la prostitución, sí a las prostitutas" resumía estas concepciones y la abolición de la prostitución era la posición que se defendía.

En los últimos años, el contacto directo con las prostitutas de carne y hueso, de nuestro país y de otros países, el conocimiento del movimiento internacional de putas que luchan por sus derechos, las lecturas de numerosos testimonios y de sus propias reflexiones y de feministas que las acompañan, todo ello ha servido para que los grupos feministas de la Coordinadora de Organizaciones Feministas hayan llevado a cabo intensos debates que han servido para conocer mejor una realidad, bastante desconocida hasta entonces. Este conocimiento ha enriquecido la actividad del movimiento (ahora

hay núcleos que trabajan en la defensa de sus derechos) y ha sido un valioso elemento en los debates que, en los últimos tiempos, han ensanchado la visión feminista de la sexualidad.

¿A dónde quiero ir a parar con esta reflexión sobre la pluralidad de feminismos que se da, hoy en día, en mi país? Pues a que nadie tiene la patente de representar los *verdaderos intereses de las mujeres*, de representar el carácter *verdaderamente feminista*. Las diferentes propuestas feministas que se dan hoy en el movimiento tienen que ver con multitud de factores: políticos, ideológicos, formas de analizar, prioridades, experiencias individuales y colectivas... de los propios grupos que hoy existen. Desde mi punto de vista, el problema no es discutir el carácter verdaderamente feminista de tal o cual corriente, sino ver si somos capaces con nuestras propuestas, de despertar el entusiasmo de las mujeres y las ganas de organizarse y luchar por ellas. (En este sentido, creo que es imprescindible mantener una actitud permanente de revisar nuestras propuestas, de volver sobre lo andado para ver qué cosas siguen siendo válidas y cuáles, por el contrario, están obsoletas y debemos abandonar). La existencia de esta pluralidad de feminismos plantea, igualmente, la necesidad de tender puentes, de establecer alianzas, de hacer juntas lo que sea posible y separadas lo que no lo sea, de combinar, por lo tanto, la unidad con la independencia, desterrando del horizonte el espíritu de secta que tanto daño nos ha hecho en el pasado.

Diversidad de iniciativas feministas

Los campos de actuación de los grupos feministas se han diversificado mucho en los últimos años. En la década de los

80, cuando la campaña que más unificó al movimiento, la del derecho al aborto libre y gratuito, perdió fuerza e intensidad (en julio de 1985 se aprobó la vigente despenalización parcial del aborto), fue la lucha contra la violencia machista la que concitó mayor actividad e iniciativas unitarias. Al mismo tiempo, diferentes núcleos feministas empiezan a desarrollar trabajos orientados hacia sectores específicos de mujeres: inmigrantes, gitanas, trabajadoras domésticas, prostitutas, mujeres separadas y divorciadas, campesinas, mujeres violadas, maltratadas, teólogas cristianas, mujeres jóvenes... y, más recientemente, mujeres transexuales.

Hasta entonces, el conjunto del movimiento se había volcado en la labor de denuncia de las situaciones de opresión y discriminación, en la difusión del conjunto de ideas feministas en los más diversos ámbitos, en la exigencia de cambios en una legislación discriminatoria para las mujeres, en organizar movilizaciones, especialmente de mujeres, para lograr tal o cual reivindicación... A partir de entonces, el trabajo de muchos grupos empieza a dirigirse a terrenos más concretos, a problemáticas y situaciones más específicas de las muchas en las que se encuentran inmersas las mujeres.

Este cambio de orientación no ha estado exento de dificultades. No es fácil pasar de la labor de denuncia, movilización, exigencia de reivindicaciones y difusión de ideas, al trabajo más paciente y cotidiano que exige, además, una cada vez mayor especialización en cada uno de los campos de actividad. Las dificultades aumentan si se tiene en cuenta que estamos hablando de un trabajo voluntario, militante, especialmente en los grupos feministas de la Coordinadora, que cuentan con muy poquitos recursos públicos, dado que es la

corriente feminista que cuenta con menos simpatías por parte de las instancias gubernamentales.

Algunos debates teóricos

¡Qué duda cabe de que esta diversidad de iniciativas ha repercutido positivamente en el campo de la reflexión, el análisis y la teoría feminista! Ha posibilitado, por ejemplo, un mejor y mayor conocimiento sobre la *pluralidad de situaciones*, la *pluralidad de subjetividades*, de *preferencias*, de *intereses* y *aspiraciones* de las mujeres. El concepto mismo de *intereses de las mujeres* está siendo redefinido estos últimos años. Para muchas de nosotras, nuestra formación marxista (tradicción de la que no pocas nos hemos ido desprendiendo) era una cierta traba. La tendencia a sustantivar las categorías abstractas y a dotarlas de carne y hueso suele ser fuente constante de espejismos: lo concreto, lo particular, lo individual desaparece, como también lo hacen todos los rasgos susceptibles de perturbar la uniformidad del modelo.

Intentar desmenuzar estas reflexiones, estas teorizaciones recientes sería imposible en el marco de un artículo como éste. Queden, cuando menos, apuntadas para dar una idea de por dónde caminamos en algunos asuntos de un cierto calado teórico.

Los debates en torno a la sexualidad, (cuestión ésta que ha estado presente en nuestro movimiento desde sus inicios y, de forma más explícita, desde comienzos de la década de los 80), se han enriquecido considerablemente en los últimos años. Con ellos, obviamente, nuestra visión no heterosexista de la misma, (algo ya logrado hacia la segunda mitad de los 80,

gracias a la labor de los colectivos de feministas lesbianas) se ha hecho mucho más abierta, menos dogmática y menos normativa que hace años. Los debates en torno a las fantasías sexuales, la pornografía, la prostitución y, más recientemente, la transexualidad han sido de un valor sustancial para ello. No obstante, hay corrientes del feminismo que no comparten estas ideas y que estarían más próximas a las del llamado “feminismo cultural” de los EE. UU.

Otra de las polémicas más fértiles en el campo de la teoría feminista —vieja polémica, por otra parte, que en 1979 provocó la división del movimiento y la aparición de la “corriente de las independientes”, disuelta como tal en los 80— es la planteada entre los que se han dado en llamar “feminismo de la igualdad” y “feminismo de la diferencia”.

Los modos de ser, masculino y femenino, en nuestras sociedades, con los corolarios subsiguientes ¿son innatos o adquiridos? ¿Debemos esforzarnos por su destrucción, o por el contrario, por reforzarlos, afirmando y dignificando el ser mujer? O, dicho de otro modo ¿la igualdad, en *todos* los ámbitos, es un objetivo a conseguir?, ¿o se trata, más bien, de algo imposible, bien porque la diferencia es esencial o porque acabar con ella significa la asimilación de lo masculino?

La polémica, decía antes, está siendo de lo más fecunda y está llevando a volver la vista atrás sobre viejos planteamientos que se daban por zanjados, a cuestionar antiguas firmezas, etc. A muchas de nosotras, situadas en “el campo de la igualdad”, las críticas al esencialismo del “pensamiento de la diferencia sexual” nos han hecho ver la “viga en el ojo propio”: que también habíamos caído en posiciones bastante esencialistas al manejar una idea de la opresión de las mujeres

excesivamente general, uniforme y ahistórica, desconsiderando la importancia de la diversidad de situaciones de las mujeres en la sociedad contemporánea y la complejidad de las relaciones sociales y de las distintas opresiones y marginaciones que se entrecruzan.

Ello nos está llevando a enfrentarnos a nuevos problemas teóricos y no sólo los relacionados con la igualdad y la diferencia. Me refiero a los derivados de la tensión entre identidad y diversidad. Conscientes de la diversidad de situaciones, de la diversidad de subjetividades, etc. de que en nuestra inserción social no sólo cuenta el ser mujer, sino también el color de la piel, las preferencias sexuales, tener o no ideas religiosas, pertenecer a una nación oprimida, a una u otra clase social, participar de unas u otras ideas políticas, de una u otra cultura, tradición, la edad... conscientes de todo ello ¿podemos seguir hablando de *una identidad de las mujeres* que trascienda todas estas diversidades? Obviamente, las repercusiones de las respuestas que le demos a este interrogante son enormes: afectan a la teoría feminista y ¡cómo no! a la propia existencia y continuidad del movimiento.

Para quienes seguimos interesadas en luchar contra este orden social injusto, el reto es apasionante. En el camino hemos perdido muchas certezas, muchas seguridades, pero, al mismo tiempo, hemos ganado en experiencia, en madurez, hemos aprendido a ser más modestas, más contingentes, a dotarnos de mayor curiosidad intelectual, a dejar los caminos trillados y las grandes avenidas para adentrarnos por senderos más abruptos y empinados. ¡A las más viejas del oficio no nos viene mal un poco de gimnasia! A fin de cuentas "Veinte años no es nada..." —como cantaba Gardel.

¡Queda tanto por hacer!

Hace veinte años, cuando surgió el movimiento feminista, las reivindicaciones concretas formaban una lista interminable. Veníamos de donde veníamos, de los cuarenta años de dictadura franquista, uno de cuyos objetivos había sido el de “hacer volver a la mujer de la fábrica y el taller al hogar”. Todo estaba por ganar. Y el movimiento se puso en marcha “reclamando el cielo” para las mujeres. En el camino se han logrado muchas cosas: la despenalización del adulterio, de los anticonceptivos, una ley de divorcio (aunque no satisfactoria), la despenalización —sólo parcial— del “delito” de aborto, la supresión de algunos preceptos legislativos que afectaban a los homosexuales, los pasos dados en la coeducación, cambios en la legislación laboral discriminatoria, reformas parciales del Código Penal en lo referente a la violencia machista, etc.

Algunas de estas reformas se dieron en los primeros gobiernos de la transición política, otras a partir de 1982 en que la socialdemocracia llegó al gobierno. El triunfo arrasador del Partido Socialista despertó muchas expectativas y esperanzas. Los años transcurridos desde entonces y el balance que de los mismos se hace en el movimiento feminista (y en otros movimientos) no es nada halagador. La bandera del “cambio”, electoralmente enarbolada por los socialistas, se ha ido pobremente concretando. Cambios reales, haberlos, los ha habido, pero ¡tan alicortos, tan poco sustanciales, tan escasos para lo que se esperaba...!

En la agenda feminista, las reivindicaciones siguen siendo numerosas, muchas de ellas viejas ya: el aborto libre y a cargo de la Red Sanitaria Pública sigue brillando por su ausencia,

algo semejante ocurre con el acceso al divorcio rápido y no discriminatorio; la enseñanza no sexista adolece de planes concretos y recursos públicos; el fenómeno llamado “feminización de la pobreza” significa, entre otras cosas, que las mujeres que entran en el mercado laboral, lo hacen mayoritariamente en condiciones precarias, en la “economía sumergida” y las que ocupan puestos de trabajo más consolidados cobran un 20% que los varones por “igual trabajo”; con el derrumbe del Estado de Bienestar —que nunca llegamos a conocer— los escasos servicios sociales (guarderías públicas, etc.) han ido desapareciendo tras cada ajuste presupuestario del Estado; la propia Sanidad Pública, lentamente va emprendiendo el camino de la privatización; la atención de los poderes públicos hacia la educación sexual no prejuiciada, no heterosexista, etc. es más que escasa; las reivindicaciones específicas de las lesbianas (a pesar, incluso, de las sucesivas Recomendaciones del Parlamento Europeo en esta materia) no encuentran respuesta positiva... No quisiera tener que ser tan prolija, pero ¡la vida es así a este lado de ese Atlántico que tanto nos une y tanto nos separa!

El ambiente social en el que se desenvuelve el movimiento feminista nada tiene que ver con el de hace veinte años: salvo momentáneos fogonazos de rebeldía social, la tónica general no anima a la movilización social. Ya decía más arriba que las amplias campañas en pos de reivindicaciones concretas desaparecieron del panorama en la década pasada. No es fácil, pues, pensar que puedan darse en estos momentos.

La presencia de casi cuatro mil mujeres en las jornadas “Juntas y a por todas” y las casi dos mil en las que acaba de realizar el movimiento feminista del País Vasco son una buena

demostración de que, a pesar de que “los vientos nos soplan de cara”, no hay motivo para la desesperanza.